

## La mudanza

por Raúl González Tuñón

Hemos vuelto a la calle. Lo hicimos con desenvoltura, despojados de antiguos prejuicios literarios y porque, como Dickens, tenemos la llave de la calle... Y porque en la calle está el espectáculo humano, la vida, el gran torbellino del mundo, y porque amamos la vida y este mundo que tiene, sin embargo, sus dos lados, uno de ellos con su buena parte de Brueghel y Jerónimo Bosco. Y porque la realidad y nuestro romanticismo —depurado, distinto en sus formas acaso— se mezclan y hacen la realidad, todo el aparato fabuloso de la realidad más terrible y a veces más adorable. Según sea lo que muestre y lo que haga sentir.

Esta calle existe, es un hecho, como las gentes que la habitan. Aquí está el cartel azul del mercadito; la chapa del médico; la alegoría del barbero; la primorosa vidriera de la modista; el affiche de la Emulsión de Scott; el inquilinato chillón y abigarrado y la casa silenciosa y recoleta. De pronto me detengo ante una realidad vulgar, pero ¡también mágica!, también plena de sugestión y de cierta cosa misteriosa... Se trata de una mudanza.

El niño es el único que se divierte. Los padres están en el piso alto ayudando a los cargadores. La madre se asoma de vez en cuando por la ventana para ver qué hace su hijo. El gran camión de la empresa mudadora recuerda al de los viejos circos trashumantes o las errantes "kermesses" que a veces ponen su nota de emoción y alegría en la tristeza y el hastío de los barrios más pobres. Toda una casa vuelta al revés se muestra impudicamente a mis ojos. La intimidad sale a la calle con sus almohadones desgarrados, sus colchones gastados por el tiempo, las franelas del remedio casero, el irrigador, el retrato del presidente, la cacerola abollada. Ahora pasa un gran espejo. Me veo en él, la calle detrás, el cardador de lana trabajando en el patio de su casita, el carbonero que entra al pasaje, la niña rubia que corre con un arco, el mendigo que recoge un residuo...

En el fondo del camión ya está la cama familiar donde han nacido y han muerto varios seres. El elástico debe conocer el secreto del júbilo y la ardiente agonía. Es de bronce, con adornos antiguos. Falta una perilla. Ahora traen un gran

bulto. Debe ser ropa de cama envuelta en la frazada más grande, color gris oscuro con ribetes rojos. La mesa, antigua y curtida, recia y noble, de esas que con el tiempo se hacen más fuertes, así como su olor de madera penetrante, y la lámpara a kerosene (sin duda la usan cuando se apaga la luz eléctrica, por alguna falla, por la lluvia o por atraso en el pago). Y el hule, un gran mantel de hule que, como su dueño, trabaja toda la semana y el domingo descansa suplantado por el mantel de tela bordada.

Ahora bajan la vajilla. ¡Con cuidado!, grita la señora desde el piso alto, no vaya a romperse alguna copa del juego, que es nuevo... Luego, en dos grandes cajones, descienden la batería de cocina y los trastos de lavado y planchado, el cepillo, la escoba, el plumero y el tacho de la basura. Asoman los mangos de las sartenes y las asas de las ollas de barro. En otro cajón se ve la imagen de un santo —tiene un desgarrón en la nariz—; el retrato de Yrigoyen; dos copias a lápiz sepia de los abuelos ya muertos; una gran fotografía del niño cuando era bebe y en la que aparece desnudo adivinándose detrás la sombra de la madre que lo sostenía y otro gran retrato con marco dorado. Es el del casamiento. El viste un traje negro, que usará todavía en los días excepcionales; está sentado, y ella, con traje de novia, apoya graciosamente una mano en su hombro. El aprieta un libro —es del fotógrafo, lo hemos visto en otros retratos de novios— y ella un ramo de azahar. Sobre ambos se ve, ya un poco desteñida, una paloma celeste pintada.

Luego bajan un violín que colocan suavemente junto al conductor. Una caja repleta de zapatos y frascos de medicinas. Tres libros gruesos. Me acerco para ver de qué se trata: la Biblia, "Germinal", de Zola; "Los Miserables", de Víctor Hugo. Luego, respetuosamente, como si bajarán a un muerto, al extremo de obligar al niño a asumir una actitud de circunstancias, entre los dos mozos de cuerda y los esposos traen la araña de ocho lámparas con pequeños trozos de cristal de colores. El camión parte.

En la casa vacía queda flotando un olor a pasillo de hospital, a llave de gas mal cerrada, a comida fría, a ratones solos y diarios leídos varias veces.